

Karla y otras sombras

Colección Abierta

Director: **Enrique Andrés Ruiz**

Luys Santa Marina

Karla y otras sombras

EDICIÓN Y PRÓLOGO DE ENRIQUE ANDRÉS RUIZ



LA UMBRÍA Y LA SOLANA



LA UMBRÍA Y LA SOLANA

Karla y otras sombras
Luys Santa Marina

Primera edición: septiembre de 2017

© del prólogo, Enrique Andrés Ruiz

© de la cubierta, Miguel Galano

© de la edición, Editorial La Umbría y la Solana, 2017

c/ Pez Austral, 11

28007 Madrid

info@laumbriaylasolana.es

www.laumbriaylasolana.es

Coordinación editorial: Pilar Ramos Vicent y Feliciano Novoa Portela

Diseño y composición: Raúl Areces

ISBN: 978-84-946988-6-6

Depósito legal: M-26732-2017

Impresión: Namac Comunicación

Impreso en España - Printed in Spain

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet) y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Índice

Luys Santa Marina y el gobierno de los poetas

Enrique Andrés Ruiz 8

Karla y otras sombras 23

RELOJES EN EL RECUERDO 25

Johann Paul y Frida 27

Fritz y Rhena 31

El reloj 39

FAMILIAS QUE SE VAN 43

«Villa Nieves» 45

Los Vernieri 51

PELAGIA Y FRUCTUOSO 65

La pareja 67

El encuentro de Fructuoso con la alegre Inglaterra 75

Aparece «Ravachol» 79

«Ravachol», estoico 83

La risa de Pelagia 87

Dioses menores, diosecillos 91

INTERMEDIO ANTILLANO DE IDA Y VUELTA 97

«Villa Inés» 99

MUJERES, ENTREVISTAS 109

Jacqueline 111

Karla 125

Angélica 167

OTRAS SOMBRAS 179

Gabriel Izarra 181

Octubre 185

*Luys Santa Marina
y el gobierno de los poetas*

ENRIQUE ANDRÉS RUIZ

A juzgar por los pies de plomo con que suelen adentrarse entre ciertas obras y autores quienes en su oficio académico han de emitir o razonar juicios literarios, más bien parece que lo hicieran por simple obligación laboral, cuando no en cumplimiento de condena. Es como si, una de dos, o alguna censura actuara vigilante o la autocensura hubiera llegado a tal nivel de socialización que apenas si deja campo libre a una opinión individual siquiera medianamente salvaje. Pero ocurre que eso es, precisamente, un juicio estético, si hay que concederle algún valor: el aquilatamiento o estimación de algo según le nace libremente a alguien por su gusto, es decir, por los argumentos de su razón, y no por las razones acuñadas como monedas de curso en la legalidad cultural y social y política y moral vigentes.

Aunque puede que, bien pensado, todo sea más sencillo y que, en una circunstancia a fin de cuentas laboral y burocrática como ésta, obedezca puramente a no tirar piedras contra el propio tejado. Con todo, el simple y libre lector al que no mueven intereses o

miedos disciplinarios, se encuentra en un caso bien distinto, no obstante la triste verdad de que ambos caminos, el suyo y el del investigador, tomados como tipos ideales, no coincidan sino a veces. Al lector, antes que nada, poco le va en las disputas por lo que merece mejor sitio en el archivo cultural, en la historia literaria, que habrá de pasar por ser la memoria de todos. Esto es lo que hace que la pugna cultural sea en última instancia una batalla política, pero a nuestro lector, en definitiva, sólo le llama el encuentro deseado con una poesía (o sea, con una creación estética, sea literaria, plástica o musical) «a la medida de su deseo», como decía un hermoso verso del escritor Luys Santa Marina, quien por cierto sirve muy bien para ejemplo de esos autores que yo veo muy gustosos para un lector, pero por lo visto se le hacen muy resbaladizos al estudioso.

Lo que se solía llamar antes y con pujos científicos «el proceso de normalización cultural», se dio en España hace mucho por concluido; a pesar de eso, determinadas obras y autores de la historia literaria moderna no es que permanezcan silenciados, eso no (apenas si queda nada por repescar al infatigable mester de salvar raros), pero sus reapariciones casi siempre se producen mediadas o coloreadas, más que por consideraciones del juicio personal —el único libre—, por las de aquella justicia histórica y socializada de la que sólo cabe esperar que sea una verdadera tirana, como inspiradora y

policía que es de la legalidad. En esto, los llamados «escritores falangistas» se llevan la palma. Y eso que Rafael Sánchez Mazas, Agustín de Foxá, Ernesto Giménez Caballero, Cunqueiro, Llorenç Villalonga, o tuvieron casi siempre ediciones accesibles o las encontraron gracias a empeños encomiables —y siempre *à rebours* de la academia— desde comienzos de los años ochenta. Aun así, mientras la guerra, que era el verdadero atañor de todas las cuestiones españolas y no digamos de las culturales o simbólicas, se alejaba en el tiempo, la susodicha «normalización» cuajaba cada vez más sólidamente en una nueva legalidad, precisamente simbólica, inamovible, propia de un régimen, en fin, cuyos rasgos habían de ser dibujados en el desquite del régimen anterior. Y esa condición de régimen cultural ha de tener, claro está, sus instituciones (si no, no sería de verdad un régimen) y, entre ellas, la universidad había de significarse como la instancia validante o invalidante del modo en que se escribe la historia literaria. El caso es que quienes incluso en estos departamentos muestran aprecio por algunos de esos autores asociados a un movimiento político que siempre tuvo, dado su romanticismo y su vanguardismo, un como retrogusto literario —y ése era, y siempre es, en los movimientos políticos, el huevo de la serpiente— lo hacen con tanta condescendencia y cautela que no pueden ocultar el objetivo personal de guardar la ropa, al que sirve

de justificación la distancia metódica de la ciencia: A mí —parece decir el profesional en esas ocasiones— que no me confundan. Pero, ¿cómo entender que una ponderación estética —es decir, propia de la subjetividad con sus razones— llegue a exigirle al señor profesor o al aspirante, una semejante inversión de días, años y puede que décadas, a obras o a autores que, según dice él mismo, fueron no más que unos nostálgicos truncados? ¿Cómo se puede emitir y razonar juicios literarios con la pasión por la materia que podría mostrar el oficial del Catastro destinado a regañadientes a una provincia desapacible? Pues así de fino se hila en el régimen normalizado cuando les toca pasar por el examen para ingreso en el archivo cultural a Ridruejo o a Foxá o a Sánchez Mazas. En cuanto a lo de «escritores truncados», ¿quién no lo es? (Y, si el truncamiento apunta al volumen de su producción, hay que decir que la presencia constante de los autores en los escaparates y sus bibliografías crecidas al ritmo incesante de la novedad anual, es asunto a estudiar, en todo caso, como fenómeno propio de la industrialización y sus exigencias de producción, profesionalización y consumo, pero no otra cosa). En el caso de Ridruejo, es cierto que la coartada de haber estado, en un segundo tiempo de su vida, entre los buenos, lo ha hecho todo más fácil y ha permitido al evaluador abrirse algo más de capa en el elogio, no sé si haciendo esta vez, en realidad, justicia literaria.

Pero, con quien, para la legalidad simbólica, estuvo siempre entre los malos, ¿qué hacer?

Luys Santa Marina (Colindres, Santander, 1898-Barcelona, 1980) fue siempre falangista, sin transigencias, con loca exaltación, y en ocasiones como la del estallido de la guerra en Barcelona, parece que violenta y armadamente falangista. El «verbo florido y violento» que vio como suyo César González-Ruano, yo creo que lo es, ambas cosas, pero no a la vez ni en la misma página. Escribió libros «violentos», sobre todo aquel primero, *Tras el águila del César (Elegía del Tercio, 1921-1922)*, hecho de estampas expresionistas —vanguardistas— y tremebundas de la guerra de África, como escritas por el legionario que simuló él mismo haber sido. Y están muchas páginas de sus libros dedicados a las glorias españolas (entre ellos, *Cisneros* [1933], muy reeditado), infladas en general de ímpetu y vindicación de la dorada edad imperial (por cierto que este afán, aunque haya quedado así en el archivo cultural, no fue —sólo— cosa franquista; las biografías de eminencias históricas, las antologías de escritores áureos, etc., fueron frecuentes en los últimos años de la Monarquía y desde luego durante la República, suscitadas al ritmo del olvido de la historia que la modernización del país precisamente producía). Como persona, según Max Aub que fue su amigo en los tiempos de la revista *Azor*, el propio Ridruejo, Perucho o Eugenio d'Ors, era Santa Marina, sí,